

despacio, de estatua en estatua, de relieve en relieve... ¡Maldito viento que me mete los pelos en los ojos! ¡Qué vacío tan inmenso me circunda! ¡Estas columnitas tan sutiles como varas de sauce! ¡Estas cabezas de santos, gordas como nueces! ¡Ah! ¡Me falta valor! ¡Mis manos tiemblan, resbalan mis piés, muévensc las columnas, vacilan los santos, los relieves se desprenden, me domina el terror, atráeme el abismo y el vértigo me ciega! ¡Ah, qué horrible muerte! ¡Madre mia! ¡Socorro!...



—¿Qué ha pasado? ¿Me ha despertado un grito?
¿Quién me llama?

¡Ah! Oigo la voz de mi madre en la habitacion inmediata.

—¿Qué dices?

—Te digo, lo que ya te he dicho cien veces, hijo mio: que jamás duermas sobre el lado izquierdo.



EMILIO CASTELAR

5 de Diciembre de 1873



ARO***...

Es muy natural tu deseo de saber algunas particularidades acerca de Emilio Castelar, y justísimo el reproche que me diriges por no haber hablado de él, sino vagamente, en mi libro.

Solía acompañarlo desde su casa á las Córtes, y lo conocí en aquellas breves conversaciones mucho mejor que en sus libros. No te maravile el que con tanta familiaridad alternase conmigo, extranjero y desconocido, porque, á más de ser afectuoso con todos, es tan entusiasta por el arte italiano, que aprovecha con placer todas las ocasiones de hablar ó de oír hablar de él, aunque sea con ignorantes.

Castelar tiene de curioso el que al verle, ó al estar en su compañía, nadie dirá que es un gran orador. Su aspecto nada tiene de notable. Es bajito, recordete, calvo; y tiene unos ojos muy grandes, cuya expresion es la de un corazón satisfecho. Si despues se le escucha, es cuando ménos parece ser el hombre mismo que en las Córtes arranca frenéticos aplausos. Habla á pausas, destila la palabra, como haciendo tiempo para examinar la frase, no cae jamás en la declamacion, no deja escapar vocablo que no convenga al lenguaje familiar. Además, mientras habla en las Córtes, trata todos los asuntos con una especie de dignidad trágica; en la conversacion familiar discurre en tono ligero y festivo aún en las cosas más graves. Si alguna vez deja el del donaire, incide en el de la indiferencia, jamás en el serio. Nunca he visto en su rostro, ni notado en su voz la más ligera expresion de desden. Y á él en efecto, como orador le falta en absoluto aquel *efecto terrible* que describe Victor Hugo hablando de Mirabeau, y aquella, si se la puede llamar así, fuerza de la iracundia, por lo cual Gambetta se engrandece alguna vez. Agrada, seduce y á menudo conmueve; pero no causa terror. No puede decirse que posee los *rayos de la elocuencia*; pero sí el relámpago, los fulgores, ¿qué sé yo? el iris, puesto que sus discursos brillan más por gentilísimos colores que por luz fecunda.

Un día para el cual estaba anunciado un discurso de Castelar, decía exactamente un ministro á su cole-

ga:—Hoy el pavo-real Castelar hace la rueda.—Pero tambien tenía razon cierto sabio carlista, el cual, vituperado por un amigo suyo, porque le agradaban algunas *pompas de jabon* de Castelar, se disculpó diciendo que "eran las más hermosas que se hacían en España".

El primer juicio que formé de Castelar fué que no había nada de hiel en su alma. Mirándole á los ojos cuando habla, sin el encono de la gente que le detesta y le difama, nunca le ví *aquellos fruncimientos de cejas y aquellas palpitaciones y colores del orbe*, como dice muy bien el reverendo padre Bresciani, que revelan los sentimientos ocultos de la palabra. Sin embargo, me parece que no es insensible al aguijon de los celos en la oratoria, porque un día en el Congreso, en el momento en que se levantaba Cristino Martos, *orador de pelo en pecho* (1) como se dice en español para indicar un hombre de ánimo esforzado; y que todo el salon quedó de improviso en profundísimo silencio; ví á Castelar palidecer é intentar uno como á manera de bostezo que no llegó á terminar.

Un sentimiento que prueba la nobleza de su alma y que no creí encontrar en él, tan genuinamente español, es profundísima aversion á las corridas de toros.

—¡No me hable Vd. de ellos!—me dijo un día haciendo un movimiento de disgusto:—es una estúpida

(1) Esta frase está en español en el texto italiano.

barbarie que querría ver desterrada para honor de mi patria.

Al principio no acerté á comprender cómo pensaba en punto á religion. Espiritualista, en seguida había entendido que lo era; pero no adivinaba si era cristiano, si creía en la divinidad de Jesucristo.

Su obra *La civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo* (cuatro volúmenes que podrian reducirse á uno, atendiendo á la sustancia, y que se querrian convertir en ciento fijándose en la forma) no me dejaba duda de que era ardiente católico y en cuanto á sus discursos políticos tambien me aseguraban que era libre pensador. Un día le pedí *ex abrupto* una explicacion, y me pareció que la pregunta no la estimó agradable, como sucede con todas aquellas que obligan á afirmar cualquier cosa de que no se está seguro.

—Antes, me respondió, era católico, ahora..... soy racionalista.

Y cambió de conversacion.

En suma; él es tambien de los muchísimos que se agitan *entre la fé y una seria é intranquila duda*, como escribía Manzoni á Giusti; y si hubiera de decir en términos precisos lo que piensa y cree, veríase muy embarazado.

Cierto es que la fé en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma es el sentimiento que le ha inspirado las palabra más elocuentes de sus libros y discursos.

Como todos los artistas es algo vano y ávido del elogio; pero su vanidad es tan ingénuu, que no solo no fastidia, sino que agrada. Cualquiera alabanza que se le dirige, la escucha, queda imperturbable y deja que se siga adelante cual si se hablara de otro. Alguna que otra vez mueve la cabeza como diciendo:

—Es cierto, tiene Vd. razon, yo tambien soy de ese parecer.

Un día me dijo amigablemente:

—Si quiere Vd. tener una idea del género de mi elocuencia, vaya Vd, á escuchar el discurso que pronunciaré en la próxima semana contra la política exterior del Gobierno.

Pero desde la tribuna de periodistas no podrá Vd. verme bien y perderá el gesto de mi rostro. Yo le daré un billete para una de las tribunas de enfrente; así no perderá nada.

—Mi mérito principal—me dijo en otra ocasion,—es haber sabido decir en castellano puro y en elevado estilo muchas cosas nuevas que parecian imposibles de decir sin menoscabo de la dignidad del estilo y la correccion del idioma.

En cierto modo se ahorra el interlocutor la molestia de dar su propio parecer.

Un día le leí un trozo de un discurso suyo que yo había traducido al italiano, y me dijo cándidamente:

—Es hermoso *tambien* en italiano.

Como todos los hombres de imaginacion viva y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MATEO"
Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

corazon ardiente, es propenso á la admiracion y no guarda al expresar este sentimiento medida alguna. Sus amigos ya no le creen cuando alaba á alguno ó alguna cosa.

Cierta vez en las Córtes, un diputado preguntó á otro compañero que conoció á Gambetta en París, si le había parecido, en verdad, tan grande hombre como muchos decían.

—Pregúntalo á Castelar—respondió—él le conoce mejor que yo.

—¡Qué!—dijo el primero.—En estas cosas Castelar es una criatura.

Y en efecto: la biografía de Gambetta escrita por Castelar, más que el retrato de un historiador fiel, es el panegírico de un partidario enloquecido.

Otra vez un diputado, delante de mí, le preguntó qué impresion le había hecho Garibaldi la primera vez que le habló. Castelar extendió el brazo y alzó los ojos al cielo exclamando con énfasis:

—*Amigo, la de un hombre extraordinario.* (1)

—Me lo imaginaba,—respondió el diputado,—pero ya sé que de todo lo que tú dices hay que rebajar la tara.—Y como prueba de ello, recuerdo que mientras Castelar me ensalzaba hasta el cielo á un tal Santa María, de Sevilla, que canta con muchísima gracia canciones andaluzas afirmando que Tamberlick, Mario, Stagno, comparados con él no valen un

(1) Frase también en español en el original italiano.

comino, amigos como el anterior prorumpieron en una ruidosa carcajada y uno de ellos añadió:

—¿Cuándo olvidará Vd. semejantes exajeraciones Don Emilio?

Solía interrogarle sobre el trabajo con que prepara sus discursos, acerca de aquellos secretos de artista y aquellos misterios para decirlo como Juan Bautista Giorgini, que el alma consigo misma celebra. El me explicó de qué manera acertó á hablar y á escribir tan fácil y correctamente, y sus palabras me parecieron la revelacion de una nueva teoría del escribir, en la cual he pensado continuamente desde entonces hasta ahora.

—Con cualquiera que hable—me dijo—y de cualquier cosa que hable, lo mismo que si trato de dar un orden á mis criados, no traspaso nunca la expresion, procuro siempre decir la cosa como la diría si mis palabras debieran quedar escritas ó impresas en el acto. Y todas las veces que brilla en mi mente un pensamiento, me lo expreso en seguida á mí mismo como si debiera decírselo á otro; jamás dejo nada en mi cerebro en estado de embrion; pienso continuamente hablando conmigo mismo en períodos perfectos.

Es verdad, corrige poquísimo lo que escribe. Pero aunque prepare con anticipacion sus trabajos, lo cierto es que para escribir, necesita estar deprisa. Y añadía que no puede hacer nada, si no tiene en la puerta al impresor.

Con él hablaba en español, (y para ello se necesita

valor) pero á menudo me rogaba que le hablase en italiano.

—Comprendo el italiano—decía—pero no le hablo, porque no quiero profanarlo. Por Italia siempre andaba suplicando á la gente que me hablase en italiano y no en francés. ¡Bellísima, admirable lengua! Pero, permitidme que lo diga: si para la poesía es mejor la italiana, en la oratoria prefiero la española.

Sobre este punto no quería escuchar razones. Alguna vez que otra sorprendíale en dudas tambien sobre la poesía, y recitaba aquellos famosos versos de Espronceda, en los cuales imita un ginete el sonido de la desenfrenada carrera de su caballo:

*Mis ojos fuego, en su inquietud lanzando
Campo adelante devorando van* (1).

y como los decía con aquella voz sonora y aquel vigoroso gesto, hacíalos parecer más bellos y poderosos de lo que realmente son; pero es supérfluo el decir que no lograba persuadirme.

Todos saben cuánto ama el arte italiano; pero solamente algunos que le conocen, pueden apreciar cuánto y cómo lo ha estudiado. No hay estatua, cuadro ó bajo relieve de Florencia, Roma ó Venecia que no tenga grabado en la memoria y que no pueda describir minuciosamente como si lo hubiese visto el día anterior. Habla de nuestras ciudades, nombrando

(1) Estos dos endecasílabos de Espronceda, tambien se hallan en español en el texto italiano.

calles, palacios y puertas, como habla de Toledo ó de Sevilla.

Florencia, *la ciudad*, como él la llama, *de la inteligencia*, es su ciudad predilecta.—*Allí*, me dijo un día, *el último limpia-botas tiene más sello académico que nuestros individuos de número* (2). Otra vez, en ocasion en que algunos amigos suyos hablaban de política, interrumpió bruscamente la conversacion, á la cual no atendía, y deteniéndose enmedio de la calle con los brazos cruzados, exclamó con acento de estupor profundo:

—*¡Y decir que las puertas de Ghiberti son del siglo quince!*

Cuando se discurre sobre el arte italiano, se exalta poco á poco. Le he visto cambiar de color y temblar recordando un cuadro de Tintoretto:

—*Mas si os digo*—gritaba golpeándose la frente con la mano—*que se siente cruzir la seda.*

Mucho necesitaría escribir si quisiese contar todos los dichos agudos que le oí y las amenas anécdotas que me refirió, á las cuales es aficionadísimo.

Decía de Zorrilla: es un hombre que tiene todos los defectos de un temperamento artístico, sin ninguna de sus buenas cualidades.

A un amigo materialista, que le había enviado un

(2) Las palabras y frases con letra bastardilla, están en español en el original.

libro en el cual trataba del influjo de la alimentación sobre el pensamiento, le decía:

—Está bien, pero ahora debes escribir otro libro, para demostrar cuáles son los pasajes del *Quijote* que Cervantes escribió cuando comía pan de maíz.

Contaba que un día, habiendo sido convidado á almorzar por cierta familia; á los postres, el ama de la casa, le había dicho avergonzándose un poco:—Sr. Castelar, ahora, y mientras tomamos café, debería usted hacernos el inmenso favor de pronunciar un hermoso discurso.—Aquí Castelar se callaba, haciendo lo posible por imitar fielmente la cara que había puesto en aquel momento, y te aseguro que era cosa de reventar de risa.

Otro día, paseando por el Prado, Castelar, un amigo suyo, monárquico, y un tercero, importuno, que era yo, vimos venir hacia nosotros á un hombre con la fisonomía descompuesta, que hablaba solo y gesticulaba extraordinariamente. Castelar me tocó con el codo y me dijo en voz baja:—Este es uno que aspiraba á la corona de España. Antes que fuese elegido el duque de Aosta, él mismo andaba distribuyendo entre los diputados tarjetas con su nombre para el día de la votación. No hay más que verle, está loco.

El loco oyó esta palabra y se detuvo; los que pasaban se detuvieron también: se formó un grupo. Cuando estuvimos á dos pasos de él, tomó una actitud dramática, y volviéndose hacia Castelar, le dijo en alta voz:

—¡Es verdad, sí, quiero ser rey; pero nunca he sido un impostor como Vd!—Dicho esto, se alejó murmurando; la gente reía; Castelar hizo un esfuerzo para reirse también, pero se había puesto colorado como una amapola.—¡Bravo!—le dijo el amigo, dándole palmaditas en la espalda y aludiendo á aquel rubor súbito,—cuánto me complace ver que aun no se ha perdido el pudor.—¡Pues qué!—respondió de pronto Castelar:—¿Creía Vd. que me había hecho monárquico?

Su cuarto de estudio, es la imagen de su cabeza; ó por mejor decir, era la imagen, porque no sé si el Presidente de la República vive aun como vivía el modesto diputado. Estatuillas, vasos con flores, jaulas de pájaros, obras de filosofía, libros de versos, medallas antiguas, catálogos de museos, documentos oficiales, cartas de electores, estampas, retratos, periódicos, opúsculos; se veía un poco de cada cosa esparcido sobre veladores, por las sillas, en el suelo, en pintoresco desorden, que hacía reír y excitaba la fantasía. Agradaba más verle allí, entre sus amigos y sus libros, que no en el Congreso.

Un amigo suyo andaba cierto día por el cuarto de aquí para allá con su bastoncillo en la mano, tocando uno á uno con él los casilleros de pequeños escritorios, diciendo con tono de *Cicerone*:—Señores, aquí están los manuscritos para los periódicos del Perú, aquí para los de Méjico, estos para los de Cuba, aquellos para los del Brasil, estotros para los

de los Estados-Unidos, y esotros para los del viejo continente.

Cuando un editor se presenta, Castelar abre un cajoncillo, mete la mano en él á ojos cerrados, y saca lo primero que encuentra.—Me dijo una vez que la correspondencia de los periódicos de América le daba de seis á siete mil duros al año. ¡Y pensar que pocos años antes para ganar unos cuantos reales, escribía sermones para los curas de aldea!

Él mismo me refirió, á retazos, las primeras vicisitudes de su vida, diciéndome de vez en cuando que si quería podía tomar apuntes. Nació en Cádiz en el año 1832. Su padre, hombre estudioso, aunque agente de cambio, y dueño de rica biblioteca, murió joven aún, dejando á su esposa y á su hijo Emilio, que aún no tenía siete años, en gran estrechez. Una tia de Alicante los llamó á su casa á los dos y la señora de Castelar se consagró del todo á la educacion de su hijo, haciendo por él, entre otros sacrificios, el de conservar y enriquecer la biblioteca paterna, á fin de que con el tiempo tomase amor á los libros. Castelar, en efecto, contrajo desde muchacho, más que amor, manía por la lectura, y la conserva aún, puesto que lee continuamente, por las calles, en el Congreso, en la mesa, en la cama, en el baño, en donde quiera que pueda colocar bajo sus ojos un libro ó un periódico.—Con esta gran necesidad de leer nació en él casi á un tiempo una gran necesidad de hablar, y todavía niño, dió pruebas ya de extraor-

dia facundia.—Haciendo altaritos—me decía,—los muchachos compañeros míos y yo, solíamos pronunciar cada uno nuestra oracion sagrada encaramados en una silla revestida con una colcha.—*Yo era el espanto de todos!*—A los doce años fué enviado á Elda, donde estudió la lengua latina, y comenzó á escribir con gran ardor novelas, discursos históricos, disertaciones religiosas, poesías, comedias, poemas: pruebas de audacia más que de ingenio, como él dice, y las cuales todas acabaron en el fuego. La primera y verdadera prueba de ingenio y elocuencia la dió en Alicante, á donde se trasladó en 1845 para seguir los estudios de *segunda enseñanza*. Allí se dedicó con entusiasmo á la filosofía, á la historia y á la literatura, y en estos estudios adelantó en mucho á todos sus compañeros, algunos de los cuales, que hoy se sientan en las Córtes, y profesan principios políticos en un todo contrarios á los suyos, como Navarro y Rodrigo, Gallostra y otros atestiguan que ya entonces era opinion de todos que llegaría á ser gran orador y gran escritor. De Alicante pasó á Madrid en 1848, donde por oposicion conquistó una plaza gratuita de alumno de la *Escuela Nacional de Filosofía*, y desde entonces, no sólo proveyó á su sustento, sino que escribiendo en los ratos que sus estudios le dejaban, ganó lo suficiente para mantener á su madre. Por aquel tiempo publicó entre otras cosas un periódico literario, en el cual los hombres de letras admiraron por la primera vez su estilo centelleante y limpidísimo. Don Antonio Apa-

rísí, primo suyo, el renombrado orador católico, le yendo un día uno de aquellos artículos, le dijo á la señora de Castelar:—Tía, es preciso tener gran cuidado con este muchacho, porque si continúa como ha comenzado, hará mucho ruido en el mundo.—Hasta aquí, sin embargo, la gloria de Castelar no había sido más que gloria escolástica. Se reveló por primera vez á España en el año 1854 á la edad de veinte y dos años.

Un amigo le encontró un día en la calle, le dijo que había gran reunion política en el Teatro Real, y le preguntó por qué no iba. Castelar contestó solamente—Voy—y corrió al Teatro. Cuando llegó, muchos oradores habían hablado ya, el público se hallaba cansado, la reunion estaba para disolverse. Esto no obstante, Castelar, resuelto á hablar, subió al escenario y comenzó:

—¡Señores! Yo vengo aquí á defender las ideas democráticas....

Un creciente murmullo de desaprobacion le interrumpe. Su pequeña figura, su voz, atiplada siempre al comenzar, su actitud infantil, no inspiraban confianza alguna: le creyeron un estudiantillo; le gritaron:—¡Basta, basta! ¡Otro día, otro día!—Castelar, ofendido, se obstina y siguió adelante. Poco á poco queió la sala en silencio; despues óyese alguna que otra voz de aprobacion; y al poco rato resonó una tempestad de aplausos; en fin, cada período fué aplaudido con frenesí, el orador fué llevado á la calle casi en triunfo;

su nombre corrió de boca en boca, los periódicos de Madrid lo elevaron hasta el cielo. Toda España, á los pocos días, sanciona el éxito. Castelar fué célebre desde aquella tarde. *La España*, autorizado periódico literario, decia, al publicar su discurso:—*Está destinado á reemplazar á todos nuestros grandes oradores y á reemplazarlos con ventaja.*

Y el pronóstico se ha cumplido.

Ahora tiene en su mano la suerte de España, si puede ser, sin embargo, que la suerte de un país tan destrozado esté en la mano de un hombre solo. ¿Qué hará? Pero yo puedo decirte que cuando le veía, en medio de sus amigos prorumpir en carcajadas propias de muchacho de quince años; ó revolver en su mente algun hermoso y poético período que engastar en un discurso, mientras un colega le hablaba de votaciones y leyes; ó poner gesto de mal humor porque el día en que iba á hablar no había señoras en las tribunas; y en todas las conversaciones saltar siempre de la política al arte, del razonamiento al sentimiento, de la tierra á las nubes; si cualquiera me hubiese dicho entonces:—Éste dentro de un año gobernará España en estas y en estas condiciones,—con toda la admiracion que por él tengo, me hubiese encogido de hombros y á lo más hubiera dicho:—¡Quién sabe! ¡Los caminos de la Providencia son infinitos!..

Y ahora lee este trozo de un discurso pronunciado por él en el Congreso, hace dos años.

—“¿Cómo? ¿No es individualista el ministro de la

Gobernacion? Y si tal es, ¿cómo no comprende el gran poema de la libertad de comercio? La tierra tiene aptitudes diversas; los climas dan diversos productos; pero gracias al gran Hércules moderno, gracias al comercio, con sus naves que así parecen grandes pájaros marinos, como dejan la blanca estela en el agua, y en el aire una nube densísima de humo, se reúnen todos los productos: la piel que el Ruso arranca á los animales perdidos en sus desiertos de hielo y la hoja de tabaco que crece bajo el sol ardiente del trópico; el hierro encontrado en la Siberia y el aurífero polvo que el negro de Africa recoge en la arena de sus rios; la tela tejida en Inglaterra y los productos arrancados del seno de la India, y los tintes, de los colores del iris, de aquella sociedad, primer testimonio de la Historia; el dátíl con el cual se alimentaba el patriarca bíblico bajo las palmeras del Asia antigua, y las perlas preciosas que produce el seno vírgen de la jóven América; el grato jugo de las viñas que embellecen las riberas del Rhin y el ardiente vino de Jerez que lleva disuelto en sus átomos los rayos del sol de Andalucía para calentar las venas de los ateridos hijos del Norte....”

Creo que este período basta para juzgar á Castelar como hombre político, como bastan ciertas sonrisas para revelar el alma de un hombre. Parece que un orador que ante el Parlamento pronuncia un período de esta naturaleza, no puede ser capaz de conducir á buen puerto la nave del Estado.

Pero cuando este hombre mismo, alzándose audazmente, no con propósito retórico, sino por irresistible impulso del corazón, fuera de los confines de la elocuencia política, exclama con voz que sale de lo profundo del alma:

”¡Adoro esta tierra regada con las lágrimas que hice verter á mi madre!”...

...Cuando, refiriéndose á los suicidios de los esclavos de Cuba, pronuncia con acento que hiela la sangre: “Señores Diputados ¡qué horror!”...

...Cuando la furia de una inspiracion que casi supera á sus fuerzas, vuelca en el Parlamento atónico aquellos sus períodos colosales llenos de imágenes y de grandes sentencias que pasan rozando y fulgurantes como legion de ginetes de la Edad Media; cuando hablando de religion derrama pensamientos afectuosos y melancólicos con voz dulce y conmovida, y con el lenguaje solemne del sacerdote; cuando cuenta un acto de heroismo, cuando recuerda una desventura, cuando invoca un recuerdo querido, cuando aconseja, compadece, suplica; cuando, por último, se olvida del Parlamento y no ve, como él mismo dice, sino pueblos y tierras lejanas y toda su alma está en el corazón y todo su corazón en sus palabras, ¡ah! entóntes, cuán grande y cuán admirable es! ¡Cómo se le perdonan todas sus puerilidades y todas sus utopias! ¡Con cuánta alegría nos arrojaríamos á su cuello diciéndole: ¡ah Emilio, Emilio, si nunca te hubieras mezclado en política!...